

EL NIÑO DE LA MONTAÑA

Había una vez un pueblo muy hermoso enclavado en la Sierra de Tramuntana, rodeado de montañas y mar, llamado Pollensa. En lo alto de la montaña más alta, vivía un pequeño niño de diez años llamado Esteban.

Esteban era un niño precioso, de cabellos negros y rizados, con unos ojos marrones y vivarachos, con un carácter alegre y encantador, siempre tenía una sonrisa y una palabra amable para todo el que se dirigía a él.

Cada mañana se levantaba muy temprano para ir a la escuela, no podía ir como los otros niños del pueblo que lo hacían en bicicleta, en coche o a pie con sus padres, no, Esteban iba a la escuela en una moto de cuatro ruedas, que sus padres habían comprado para él cuando empezó la escuela para que pudiese ir con facilidad. Cada mañana, su padre le acompañaba y así hasta que llegó el invierno, el hombre del tiempo de la televisión anunció, una noche, que se acercaba un gran frente de frío y lluvia y nieve y tormentas. Esteban se durmió pensando cómo iría a la escuela si aquella predicción era acertada.

Cuando por fin había podido conciliar el sueño, o eso él creía, abrió los ojos y se encontró con que toda la montaña estaba cubierta de nieve.

Salió en busca de sus padres y buscó y buscó pero no los encontró.

De repente, en medio del blanco de la nieve, divisó unas huellas de pisadas que conducían directamente a aquella pequeña habitación que existía junto al leñero. Hacía tanto frío que Esteban metió sus manitas en los bolsillos de su pijama de cuadros, y sintió encontrar algo, abrió la mano y encontró una llave dorada que jamás había visto.

Una extraña fuerza le obligó a abrir la puerta que tenía frente a sí, sus ojos se iluminaron cuando la puerta se abrió y se encontró de frente con una hermosa criatura, de una blancura impecable y crin de seda, que tenía un resplandor que le dejó anonadado.

Esteban empezó a dar vueltas alrededor de la extraña criatura, sintiendo una mezcla de temor y un sentimiento de inquietud en su corazón.

De pronto, la fantástica criatura, creyó advertir su presencia y cuando menos lo esperaba...

_ ¡Hola, pequeño amigo! Y tú ¿quién eres?

_ Soy Esteban, y vivo aquí con mis padres ¿Quién eres tú?

_ Dímelo tú pequeño ¿Nunca habías visto a alguien como yo?

_ No, es la primera vez que veo un caballo con cuerno que habla.

_ Eres muy gracioso, no soy un caballo con cuerno que habla soy un unicornio.

_ Y qué haces aquí, yo jamás te había visto y vivo aquí desde que era pequeñito.

_ Hace muchísimos años que vivo en el bosque, desde que escapé del hombre y su maldad que me perseguía por mi cuerno. Me querían cazar y yo tenía muchas ganas de vivir y mirar la luz de la luna en cada anochecer.

_ A mí me encanta ver la luz de la luna, la puesta del sol, el arcoíris, el trinar de los pájaros; es tan hermoso contemplar la naturaleza sintiendo en cada detalle la mano de Dios en su creación.

_ Ya lo sé querido Esteban, pero no todas las personas piensan igual que tú, ya nadie se detiene a mirar las cosas que tenemos a nuestro alrededor y nos dan felicidad, nadie ya disfruta de la belleza que nos rodea sin querer guardarla para sí mismos y desear más de lo que ese momento te está ofreciendo.

_ Te noto preocupado Esteban; ¿te puedo ayudar?

_ Es que hoy no podré ir a la escuela, el camino está lleno de nieve y es peligroso bajar en la moto y no quiero faltar.

_ Pues prepárate que yo te voy a ayudar; tengo la solución, acércate...

Cuando Esteban se acercó el gentil Unicornio se inclinó y le invitó a subir.

Juntos elevaron el vuelo y miraron desde el aire el manto blanco que cubría toda la montaña, un espectáculo hermoso que juntos contemplaron extasiados.

A lo lejos divisaron la escuela y el Unicornio se detuvo en medio del patio para depositar a Esteban en el suelo pues el viaje había terminado.

_ Pues bien Esteban, viste que has podido venir a la escuela.

_ Gracias Unicornio ¿Cuándo te volveré a ver?

_ Cuando cierres tus ojos cada noche, yo te visitaré en tus sueños.

_ O sea ¿qué estoy ahora soñando?

_ Eso ni tu ni yo lo sabemos. Cuídate mucho y algún día nos volveremos a ver ¡Adiós amiguito!

Lo que Esteban no sabía era que los unicornios no se dejan ver más por los corazones puros y que entre ellos, sólo los más puros, los que tienen su corazón hecho de bondad y ternura, sólo esos pueden tocarlo, y él lo había hecho.

años

Esteban Goyes Bourgeat, 10

Pollensa, Mallorca
PRIMER PREMIO G.A.